

Santo Tomás de Aquino

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, en la hom. 35, como arriba.) Parece, a primera vista, que tiene un sentido general lo que acaba de decir; sin embargo, no lo dijo de todos, sino solamente de aquéllos de que habló antes: que es como si dijera: Si vosotros sufrís oyendo los ultrajes, tened presente que bien pronto quedaréis libres de toda sospecha: Os llamarán adivinos, y magos, y seductores; pero esperad un poco y veréis como, cuando la misma realidad de las cosas os declare bienhechores y atiendan ellos a la verdad de las cosas, y no a las habladurías de los hombres, os proclaman ellos mismos salvadores de todo el género humano.

(SAN JERÓNIMO.) O también: "Lo que os digo en las tinieblas decidlo a la luz", esto es, lo que oísteis en el misterio, predicadlo con más claridad: "Y lo que oísteis al oído predicadlo sobre los techos", esto es, lo que Yo os enseñé en una pequeña aldea de la Judea, decidlo sin temor en todas las ciudades del mundo entero.

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, en la hom. 35, como arriba.) Así como cuando decía (Joan., 14): "El que cree en Mí hará las obras que Yo hago, y las hará mayores que éstas"; de esta manera les manifiesta que El es el que hace todas estas cosas por medio de ellos, aun más que por sí mismo, como si dijera: "Yo os dí el principio, pero quiero completar lo demás por medio de vosotros"; y esto es propio, no sólo del que manda, sino del que anuncia lo venidero, y del que hace ver que ellos triunfarán de todo.

(SAN HILARIO.) Debemos sembrar constantemente el conocimiento de Dios y revelar con la luz de la predicación el secreto profundo de la doctrina del Evangelio, sin temor de aquéllos que sólo tienen poder sobre los cuerpos, mas nada pueden sobre las almas; por eso se dice: "Y no temáis a aquéllos que matan el cuerpo, y al alma no pueden matar".

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, en la hom. 35, como arriba.) Mirad el modo de que se valió para hacerlos superiores a todos: aconsejándoles a despreciar por temor a Dios, no solamente las preocupaciones y las calumnias y los peligros, sino lo que es aun más terrible que todo esto, hasta a la misma muerte; por eso añade: "Sino temed más bien a aquél que puede arrojar al infierno vuestro cuerpo y vuestra alma".

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, en la hom. 35, como arriba.) Observad además que no les promete librarlos de la muerte, sino que les aconseja el despreciarla, que es mucho más que el librarlos de la muerte, y que les insinúa el dogma de la inmortalidad.

Por ventura no se venden dos pájaros en un cuarto, y sin embargo, no caerá ninguno de ellos sobre la tierra sin vuestro Padre? También todos los cabellos de vuestra cabeza están contados. No temáis, porque vosotros sois mejores que muchos pájaros. (Vs. 29-31.)

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, en la hom. 35, corno arriba.) Después de haberles quitado el miedo a la muerte, a fin de que no creyeran los Apóstoles, si morían, que Dios les había abandonado, insiste de nuevo en su sermón sobre la providencia de Dios, diciendo: "¿Por ventura no son vendidos dos pájaros en un cuarto, y ninguno de ellos cae sin el consentimiento de vuestro Padre?"

(SAN JERÓNIMO.) El sentido es éste: si los pequeños animales no caen sin el consentimiento de su Autor, que es Dios, y la Providencia se extiende a todos, y si lo que es en sí perecedero no perece sin la voluntad de Dios, vosotros, que sois eternos, no debéis temer de que Dios abandone vuestra vida.

(SAN HILARIO.) En sentido místico lo que se vende es el alma y el cuerpo, y a quien se vende es al pecado. Los dos pájaros que se venden por un cuarto son aquéllos que, nacidos para volar y remontarse al cielo en las alas de la gracia, se venden ellos mismos por un miserable pecado: presos ellos por el placer de las cosas presentes, y vendidos a la vanidad del siglo, quedan prostituidos con semejante proceder. Es voluntad de Dios el que el uno vuela más que el otro; pero la ley que Dios ha dado al otro le hace caer en tierra. Si los dos volaran igualmente, los dos serían uno solo y los dos formarían un solo cuerpo espiritual; pero vendidos el uno y el otro al pecado, el alma se hace terrenal al contacto del mal, y entonces es cuando uno de ellos es arrojado en tierra.

(SAN JERÓNIMO.) Las palabras: "Y vuestros cabellos están contados", nos manifiestan la inmensa providencia de Dios para con el hombre y nos marcan el inefable amor para con él, puesto que tan perfectamente sabe todas nuestras cosas.

(SAN HILARIO.) Los que niegan la resurrección se burlan de la interpretación que da la Iglesia a este pasaje, como si nosotros dijéramos que todos los cabellos están contados, y que todos los que hubieren sido cortados por la tijera tenían que resucitar, siendo así que no dijo el Salvador: "Todos vuestros cabellos serán salvados", sino "están contados". El número da a entender solamente que Dios conoce el número de nuestros cabellos, mas no que Él los conservará todos.

(SAN HILARIO, can. 10, corno arriba.) No parece digno de Dios el contar lo que ha de perecer; pero para que supiéramos que nada en nosotros ha de perecer, nos dice que nuestros mismos cabellos cortados están contados. No debemos tener miedo a las desgracias de nuestros cuerpos, según aquellas palabras: "No temáis, pues sois vosotros mejores que muchos pájaros".

(SAN JERÓNIMO.) El sentido de lo que precede está más manifiesto en estas palabras: "No debéis temer a los que matan al cuerpo", porque si hasta los animales más pequeños no mueren sin la previsión de Dios, cuánto más el hombre que haya sido revestido de la dignidad apostólica?

(SAN HILARIO.) Cuando dice que Él los prefiere a muchos pájaros, da a entender que prefiere a los elegidos a la multitud de infieles, porque éstos

han caído sobre la tierra y aquéllos volarán al cielo.

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, en la hora. 35, sob. Mat.) Después de disipar el Señor el temor que tanto angustiaba el alma de sus discípulos, vuelve de nuevo a darles fuerzas con las cosas que han de conseguir; no solamente les desvanece todo temor, sino que los eleva con la seguridad de mayores recompensas hasta la libertad de predicar la verdad, diciendo: "A todo el que me confesare delante de los hombres, confesaré Yo también delante de mi Padre, que está en los cielos".

Santo Tomás de Aquino, Catena Aurea, San Mateo I, Cursos de Cultura Católica, Argentina, 1948, pág. 296- 301